

ideas determinó en varias ocasiones sus antagonismos políticos con el Sr. Sagasta, jefe de su partido. En una de estas disidencias estuvo en tratos con el general Polavieja para formar un partido de gobierno.

Los mismos sentimientos mereció siempre para sí Canalejas en el alcázar Regio. Cuéntase que una vez, en una de esas su forzadas discrepancias con D. Práxedes, dijo de él D. Alfonso XII:

—Es un hombre travieso; pero vale mucho.

Después de morir Sagasta, y al formar por primera vez Gabinete el Sr. Moret, fué llevado el Sr. Canalejas á la Presidencia del Congreso, y el 9 de Febrero de 1910 llegó á la del Consejo, en la que estuvo hasta que la mano criminal de Pardinas cortó su existencia.

Gozó de todos los honores y de todas las preeminencias, pues su talento le hizo llegar justificadamente á todas partes, con aplauso de la opinión y con la admiración de sus amigos, los cuales, llenos de fervoroso cariño por él, le perdonaban de buen grado las ironías de que—como exuberancia de su fértil imaginación—les hacia objeto, á cambio del afecto que les profesaba.

**Consejo con el Rey.—García Prieto, presidente interino.**—El asesinato del Sr. Canalejas planteaba una grave cuestión política. Era preciso gobernar, y D. Alfonso fué el primero en comprenderlo.

El Rey, después de ver el cadáver del Sr. Canalejas, se dirigió al despacho del Ministro de la Gobernación, y ocupó el asiento de éste.

El Sr. Barroso se sentó en el que en los Consejos ordinarios ocupaba el Sr. García Prieto. El Sr. Alba, en el del Sr. Canalejas.

Habló S. M. diciendo elocuentes y sentidas frases sobre el triste suceso que motivaba el Consejo.

Añadió que la misma dolorosa gravedad de las circunstancias imponía dominar la emoción que todos sentían, para cumplir sus ineludibles deberes, y que veíase obligado á recordar una frase vulgar, pero muy apropiada á aquel instante: ¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!

Concluyó invitando á sus Ministros á exponer las respectivas opiniones.

A las palabras de S. M. siguió un largo silencio, que ningún Ministro interrumpió.

De nuevo habló el Rey, diciendo que suponía que el Gobierno, en vista de lo ocurrido, habría pensado lo que procedía; pero que, dado el silencio de los Ministros, él manifestaba que, á su juicio, procedía la continuación del actual Gabinete con una Presidencia interina, hasta la aprobación de los presupuestos y del Tratado con Francia.

De nuevo, á las palabras del Soberano, siguió el silencio de los Ministros.

Sin duda, como nadie hablase, el Sr. Alba se consideró obligado á hacerlo, y, con la venia del Rey, hizo uso de la palabra.

Dijo, poco más ó menos:

«Señor: aunque yo me considero el menos autorizado de todos mis dignos compañeros, defiriendo á la invitación de V. M., diré con toda lealtad lo que yo pienso.»

El Ministro de Instrucción pública, con todas las salvedades del mayor respeto, se declaró en desacuerdo con la opinión del Rey.

Para este Ministro, desaparecido el gran cerebro y la gran figura del Ministerio, debía recordarse que el Sr. Canalejas era un aglutinante de las varias tendencias, y aun cuando la cordialidad evidente de los Ministros daba homogeneidad á sus pensamientos, entendía que había llegado el momento de dimitir, dejando libre al Rey para que procediese á las consultas acostumbradas en casos análogos y resolver más tarde la sabiduría de la Corona como entendiése mejor á los altos intereses que representa.

El discurso del Sr. Alba fué escuchado con atención por S. M., y al concluirlo preguntó el Rey la opinión de los demás Ministros, que se expresaron del mismo modo, poco más ó menos.

Entonces el Rey dijo que, aceptando el criterio del Gobierno, procedería por la tarde á las consultas; pero que, entretanto, se designase á uno de los Ministros para que se encargase de la Presidencia interinamente.

El Sr. Barroso manifestó que, por circunstancias especiales de política exterior, entendía que debiera designarse al Marqués de Alhucemas.

Todos los compañeros abonaron la propuesta, y el Rey, levantándose, dijo al Sr. García Prieto:

—Tú quedas encargado de la Presidencia, y ocúpate de llenar las formalidades que proceden.

El Consejo había terminado.

**LAS CONSULTAS.**—Comenzaron poco después de las seis de la tarde.

Fueron citados cinco conservadores: los Sres Maura, Azcárraga, Pidal, Marqués de Pidal y Dato, y tres liberales: los Sres. Moret, Montero Ríos y Conde de Romanones.

Todos los consultados permanecieron en la cámara Regia corto tiempo.

Los consultados dijeron, poco más ó menos, lo siguiente:

El Conde de Romanones, que fué uno de los que más rato permaneció conferenciando con el Rey, explicó á éste la situación de los diversos elementos de la mayoría y la fuerza numérica de los elementos representados por aquéllos. Aconsejó al Rey la continuación del actual Gobierno con la presidencia del Sr. Moret.

El Sr. Moret expresó con toda claridad el juicio que le merecían los actuales momentos, afirmando que deberían continuar los liberales en el Poder, seguir el actual Gobierno y nombrar un Presidente de fuera del Gabinete.

El Sr. Maura declaró que se imponía la continuación de los liberales; no designar Presidente á ninguno de los actuales Ministros, porque hacerlo parecería prejuzgar la jefatura S. M., y éstas son pláticas de familia, á las que debe ser extraño el Monarca. A su juicio, debía ocupar la vacante del Sr. Canalejas un ex Presidente del Consejo del partido liberal.

El Sr. Montero Ríos guardó, sobre su entrevista, impenetrable reserva; pero aconsejó la continuación de los liberales.

El Sr. Marqués de Pidal aconsejó la formación de un

Gobierno compuesto de la derecha del partido liberal, si bien hacía notar que no fuera extraño aconsejar un cambio de política, ya que así se estimó cuando la trágica muerte de Cánovas del Castillo.

Tal fué la esencia de las consultas.

**Consejos de Ministros.—Honores á Canalejas.**—Otros dos Consejos, después de aquel en que se designó como Presidente al Sr. García Prieto, celebraron por la tarde y por la noche los Ministros, dedicándose los dos á ultimar los detalles del entierro y acordar los honores que habrían de tributarse al cadáver.

Se examinaron, al efecto, los oportunos precedentes, y se acordó que al cadáver del Sr. Canalejas se le tributasen los mismos honores que al del Sr. Cánovas del Castillo.

También, como á la viuda del Sr. Cánovas del Castillo, se concedió á la del Sr. Canalejas el título de Duquesa, si bien con la limitación de que á su muerte, ó si contraía segundas nupcias, pasaría al hijo del Sr. Canalejas, y de éste á sus hijos, y en su defecto, á las hijas del Sr. Canalejas, sin que de éstas pudiera pasar á nadie que no llevase en primer término el apellido Canalejas.

Asimismo se concedió á la viuda una pensión de 30.000 pesetas.

Inmediatamente se iniciaron suscripciones para elevar estatuas al malogrado Presidente.

Este último Consejo le presenció, en parte, el señor Conde de Romanones, al cual habían ido á buscar sus hijos fuera de Madrid, pues se hallaba ausente en el momento de la catástrofe, y ya del Ministerio salió con el propósito (y así se lo manifestó al Sr. Rodríguez Lázaro, redactor de *El Liberal*) de plantear al día siguiente la cuestión de su candidatura para la Presidencia del Consejo de Ministros.

Así quedó la cuestión política al terminar el infausto día de la fecha.

**DIA 13.—Entierro de Canalejas.—Ovación al Rey.**—A las tres de la tarde se organizó en el Congre-

so el entierro del finado presidente del Consejo, Sr. Canalejas.

Jamás manifestación de duelo alguna ha superado, ni igualado siquiera (si se exceptúa la del entierro de Sagasta), á la verificada en esta fecha en honor del ilustre muerto.

Inútil es dar detalles. Miles y miles de personas de todas clases sociales y opiniones políticas, representaciones oficiales nacionales y extranjeras en número infinito; Comisiones de todas clases y de todas las entidades; centenares de coronas de todas partes de España; y como nota saliente, el Rey, que presidía la comitiva, recibiendo una ovación del público, verdaderamente entusiasta.

**Manifestación.—Frente á Palacio.—Palabras del Rey.**—Iba ya cerrando la noche cuando acabó el desfile.

El Soberano se despidió del Gobierno y de las Comisiones de las Cámaras, y tomó el automóvil para regresar á Palacio.

Entonces los compactos grupos formados por la Juventud liberal y por la Juventud conservadora, que asistían en masa al acto, rodearon el vehículo y sonaron muchas voces de «¡A Palacio! ¡A Palacio!»

En el trayecto fué acreciendo la ola popular, y cuando los jóvenes liberales y conservadores llegaron frente al alcázar Regio, era imponente el número de manifestantes.

Las aclamaciones eran ensordecedoras.

Don Alfonso se asomó al balcón principal de Palacio, acompañado de la Reina Doña Victoria. La multitud vitoreaba á los Soberanos con verdadero frenesí, y sobre todas las aclamaciones se destacaban fuertes, estentóreos, dominadores del rumor popular, los gritos de «¡Muera la anarquía! ¡Mueran los asesinos!»

El Rey mostró deseos de hablar á una Comisión de los manifestantes, y subió á verle una representación, compuesta de cuatro individuos de cada Juventud, presidida por los Sres. Alvarez Arranz y Mendivil.

El Rey, muy conmovido, los recibió y les dijo:

«He jurado servir á mi Patria, y ya pueden comerse atentados. Mientras me quede una gota de sangre en las venas, nada me arredrará, y he de permanecer en mi puesto cumpliendo mi deber.»

La Reina saludó también á los visitantes del alcázar, y mostró su dolor por el inicuo atentado del martes.

Muchos de los manifestantes reunidos en la plaza de Oriente lanzaron la idea de ir en actitud de protesta al domicilio de D. Pablo Iglesias, situado en la calle de Ferraz, y á la Casa del Pueblo. Pero el buen sentido se impuso y allí concluyó la hermosa demostración de amor al orden y á las instituciones que dió el pueblo de Madrid.

**Interinidad política.** — El día de la fecha fué un compás de espera en la situación política, aunque no tan completo que no se hicieran algunos trabajos de verdadera importancia.

Los nombres de los Sres. Moret, Conde de Romanones y García Prieto siguieron barajándose; pero sin firmeza alguna, sin que los mismos que patrocinaban una de las tres candidaturas se atreviesen á dar seguridades de ninguna clase.

La visita del Sr. Moret á Palacio fué tomada como signo evidente de que el Rey le encargaba de formar Gobierno, y, sin embargo, el mismo ilustre hombre público se apresuró á negarlo.

Por la noche, se comentó mucho la visita del Sr. Montero Ríos al Rey, y su opinión, dicha luego á los periodistas, de que el Gobierno debía continuar como estaba hasta que pasados unos días llegase el momento de adoptar una resolución definitiva.

Era indudable que á ambos ilustres prohombres les había ofrecido S. M. el Rey la formación de Ministerio, y que ambos habían declinado, respectivamente, tal honor.

El hecho de que el Rey dijera por la noche al Sr. García Prieto, cuando se vieron en la estación del Norte, que fuese á Palacio á las once de la mañana, sirvió para que se considerara segura la Presidencia del Ministro de Estado.

**Los jainistas.**—*El Correo Español* insertó en lugar preferente una carta de D. Jaime, dirigida á D. Bartolomé Feliu, en la que se aceptaba la dimisión por éste presentada del cargo de jefe-delegado del partido.

Conforme se había anunciado, D. Jaime resolvía nombrar una Junta central, presidida por el Sr. Marqués de Cerralbo, que llevará la dirección de los asuntos del partido.

Formarán la Junta todos los Senadores y Diputados y los jefes regionales, además de un Vocal que ostentase la representación del elemento militar.

**DIA 14.—Solución de la crisis.—Actitud de García Prieto.**—Según estaba anunciado, á las once de la mañana llegó á Palacio el presidente interino, señor García Prieto.

Su conferencia con el Rey fué interesantísima.

Al salir fué rodeado por los periodistas.

«No hay nada por ahora—dijo—. Luego vendrá el Conde de Romanones y conferenciará con el Rey.

»Yo he manifestado al Monarca que estoy dispuesto á apoyar á cualquier Gobierno que se forme, aun al del Conde de Romanones.»

Lo ocurrido fué lo siguiente:

Don Alfonso le preguntó si se encargaría de la formación de Ministerio; pero el Sr. García Prieto contestó que no podía aceptar el encargo, porque se encontraría con grandes dificultades por parte del Conde de Romanones, cuya actitud era en absoluto contraria á la continuación del Gobierno y á la designación citada.

El Sr. García Prieto añadió al Rey que él ofrecía todo su concurso y apoyo al Gobierno que se formase.

El Rey hizo observar al Sr. García Prieto, que tanto los Sres. Moret y Montero como los prohombres conservadores habían aconsejado la continuación de este Gobierno y que, por lo tanto, hablaría con el Conde de Romanones.

«Será inútil que V. M. se tome esa molestia, pues él

contestará que me tiene en grande estima y me quiere mucho; pero que no es por él, sino por las exigencias de sus amigos, que no le dejarán ceder, y por su categoría de Presidente del Congreso, por lo que reclama para sí el puesto de Jefe del Gobierno.»

Y con esto se despidió el Sr. García Prieto.

A las doce y media de la tarde llegó á Palacio el señor Conde de Romanones.

—¿Hay algo?—preguntaron ansiosos los periodistas.

El Sr. Conde de Romanones, que salía sonriente, contestó:

—No hay nada todavía. Como consecuencia de mi entrevista con el Rey, el Monarca ha llamado por teléfono al Sr. García Prieto.

—¿Para encargarle de la Presidencia?

El Conde contestó sentenciosamente y como dando determinada intención á sus palabras:

—Se le llama á uno para preguntarle ó para que esuche. Yo volveré á la tarde.

Lo ocurrido fué que el Conde, á la pregunta de S. M. el Rey, contestó lo que ya se sabía que había de contestar; es decir, que, aunque apreciaba y quería mucho al Sr. García Prieto, la Presidencia del Consejo le correspondía á él, porque era ya práctica parlamentaria el que en casos de crisis repentina é impensada, á falta del jefe del partido se encarga de la Presidencia del Ministerio el Presidente de una de las Cámaras, y, además, el tener mayor número de Diputados adictos que el Sr. García Prieto.

Estando el Conde hablando con los periodistas, un automóvil se detuvo á la puerta de Palacio y de él bajó el Sr. García Prieto.

El Sr. Conde de Romanones, sin abandonar la sonrisa un solo instante, le saludó diciendo:

—¡Hola, Manolo! Precisamente estaba diciendo á estos señores que ibas á venir como consecuencia de mi visita al Rey.

Y se entabló un breve diálogo á medias palabras.

El Conde de Romanones:—¿Qué le has dicho?...

El Sr. García Prieto:—Lo contrario que tú... pero...

El Conde de Romanones:—Sube... sube, que te están esperando.

En presencia de S. M. el Rey, éste dijo al Sr. García Prieto:

—¡Cómo conoces á Romanones!

Lo que contestó al Rey el Sr. García Prieto fué lo mismo que luego dijo á los periodistas; es decir, lo siguiente:

«He aconsejado á S. M. que llame al Conde de Romanones. Mi opinión resuelta es que debe ocupar la Presidencia del Consejo. Añadí que yo estoy dispuesto á seguir siendo Ministro de Estado, con el Conde de Romanones y con cualquier Presidente, para dos cosas, las mismas por las cuales seguía en el Gabinete del señor Canalejas: para firmar el Tratado con Francia y legalizar la situación económica. Después seguiré apoyando al Gobierno que sea, desde el escaño rojo. Hay un momento en que todos los monárquicos deben estar al lado del Rey, y el mejor tributo que se rinde á la memoria de Canalejas es que no haya la menor dificultad.

»El Rey, al oírme hablar así, me preguntó:

»—¿Insistes en tu actitud?

»Y yo contesté:

»—Insisto en mi opinión de que debe llamarse al Conde de Romanones.

»Y el Rey me anunció que llamaría al Conde de Romanones.»

Después, el Sr. García Prieto, mientras se encaminaba hacia el automóvil, decía:

—Yo podía tener dificultades del lado del Conde de Romanones y de sus amigos; pero el Conde no las tiene, porque yo y mis amigos le apoyaremos.

Y el Sr. García Prieto marchó á su domicilio.

**Romanones, presidente.**—A las dos y media de la tarde volvió á Palacio el Conde de Romanones para conferenciar nuevamente con el Rey.

Al salir del Regio alcázar, dijo:

—El Rey acaba de encargarme de formar Gobierno.

—¿Continuará este mismo Gabinete?

—Yo así lo deseo y así lo creo, no esperando que haya dificultad alguna.

—¿Quién ocupará la Presidencia del Congreso?

—Yo quiero que sea el Sr. Moret.

Y, en efecto, ambas cosas consiguió el nuevo Presidente, aunque no faltó quien creyó que eran condiciones que le habían sido impuestas.

A las seis de la tarde juró el nuevo Presidente, y el Gobierno siguió el mismo, sin que ningún Ministro pusiera dificultad ninguna, excepto el Sr. Villanueva, al cual el Presidente hubo de ver dos veces.

**Moret, presidente del Congreso.**—La conferencia con el Sr. Moret fué breve. Le ofreció el Conde la Presidencia del Congreso, que el Sr. Moret se excusó de aceptar, considerando el gran trabajo que pesaría sobre él en ese puesto. El Conde de Romanones insistió en su pretensión, diciendo que en esos momentos todos los monárquicos estaban obligados á prestar su concurso al Rey. Por lo tanto, confiaba en que el Sr. Moret allanaría las dificultades, accediendo á sus deseos.

El Sr. Moret dijo que más tarde le daría la contestación definitiva.

En efecto: á las cuatro fué el Sr. Moret al hotel del Conde de Romanones, y conferenció con él por espacio de media hora, en presencia del Ministro de Instrucción pública, que le acompañaba.

Después de esta conferencia, el Sr. Moret salió diciendo que había aceptado la Presidencia del Congreso.

**La opinión y la crisis.**—Ocioso es decir que el haber sido designado presidente del Consejo el Conde de Romanones fué tema de todas las conversaciones, singularmente en el Congreso, donde la concurrencia fué enorme.

Los romanonistas se mostraban radiantes de júbilo, afirmando que la solución no podía sorprenderles, dada su superioridad numérica en el Parlamento y la larga historia de su jefe dentro del partido liberal.

Los conservadores demostraban indiferencia, aunque no ocultaron la sorpresa que les producía el que no fuese presidente el Ministro de Estado.

Para la minoría republicana el problema político no había cambiado.

En general, estimaban que el Gabinete de Romanones constituía una situación transitoria, encargada de facilitar el camino á otro Gobierno que contara con la adhesión expresa de todas las heterogéneas fracciones del partido liberal.

**Declaraciones de Romanones como presidente.**—Al salir de Palacio, el nuevo Presidente del Consejo hizo las siguientes declaraciones á un redactor del *Heraldo*:

«Me propongo amoldar en todo mi conducta política á la norma señalada por el Sr. Canalejas.

»Durante tres años yo he sido su Presidente del Congreso y hemos estado en intimidad absoluta y en una identificación completísima.

»La primera labor á que ha de dedicarse el Parlamento es á la aprobación de los presupuestos, tanto del ordinario como del extraordinario; de todo, en fin, lo que es cuestión económica.

»Después acudiremos á la ratificación del Tratado con Francia.

»—¿Y de las demás leyes importantes sometidas al Parlamento?

»—¿De cuáles?

»—Por ejemplo, la de Mancomunidades, la de ferroviarios.

»—Esas tendré primeramente que contar con el pensamiento de mis compañeros y ver la actitud en que respecto de ellas se encuentran las minorías parlamentarias. Y, como usted comprenderá, no puedo, sobre todo de momento, tratar de llevar modificaciones ni innovaciones al programa del partido liberal.

»Esta noche, ahora mismo, nos reunimos los Ministros para cambiar impresiones.

»Lo único que puedo decir es que mi significación es